

Alain Badiou

LA VERDADERA VIDA

**UN
MENSAJE
A LOS
JÓVENES**

INTERZONA

Alain Badiou

LA VERDADERA VIDA

Traducción de Víctor Goldstein



INTERZONA

INTERZONA

Badiou, Alain

La verdadera vida / Alain Badiou. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora, 2017.

128 p. ; 18 x 12 cm.

Traducción de: Víctor Goldstein.

ISBN 978-987-3874-57-4

1. Filosofía. 2. Filosofía Contemporánea. 3. Juventud. I. Goldstein, Víctor, trad. II. Título.

CDD 190

© Alain Badiou, 2016

© interZona editora, 2017

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

La vraie vie, de Alain Badiou

© Librairie Arthème Fayard, 2016

Traducción: Víctor Goldstein

Coordinación editorial: Victoria Villalba

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Silvia Garrido

Arte de tapa: Guido Indij

Composición de tapa: Victoria Villalba

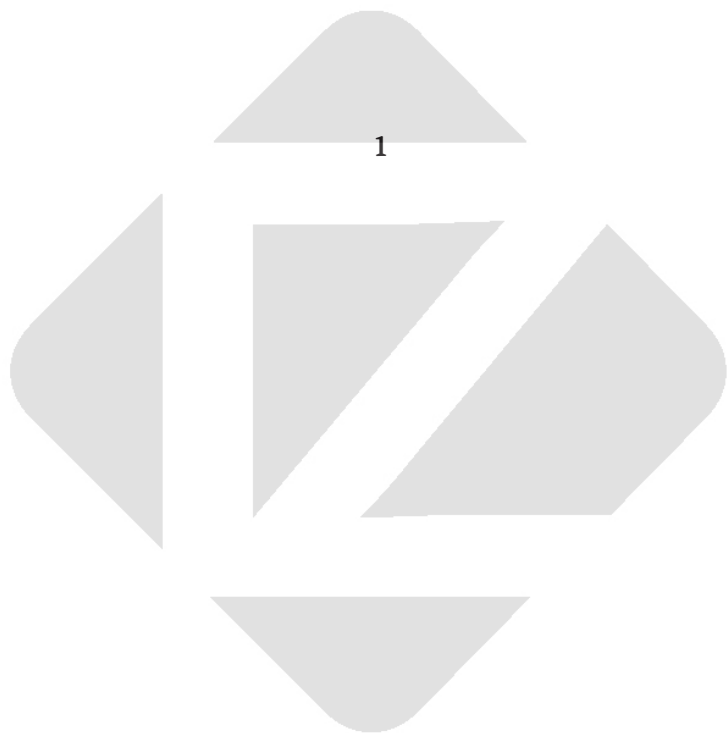
Corrección: Bettina Villar

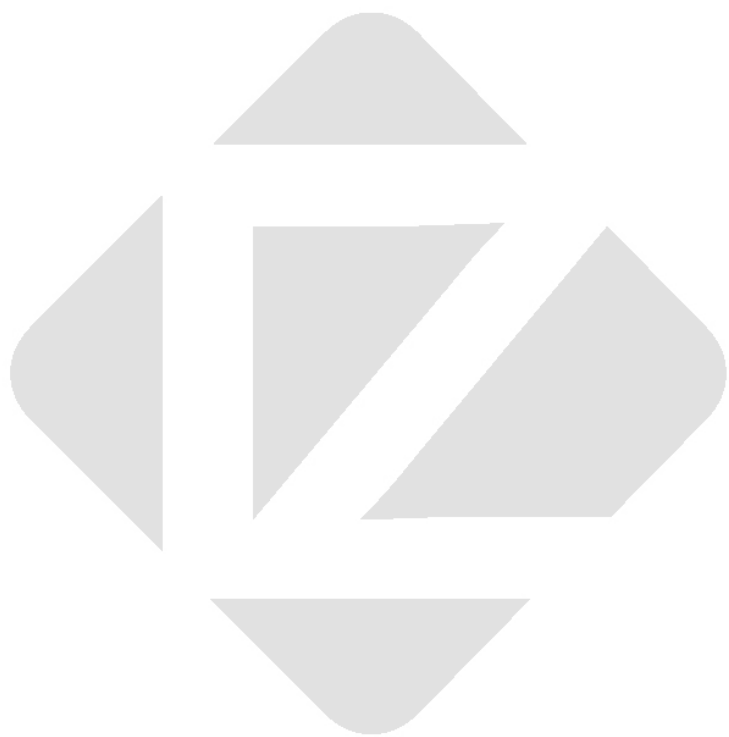
ISBN 978-987-3874-57-4

Libro de edición argentina.

Impreso en la China. *Printed in China.*

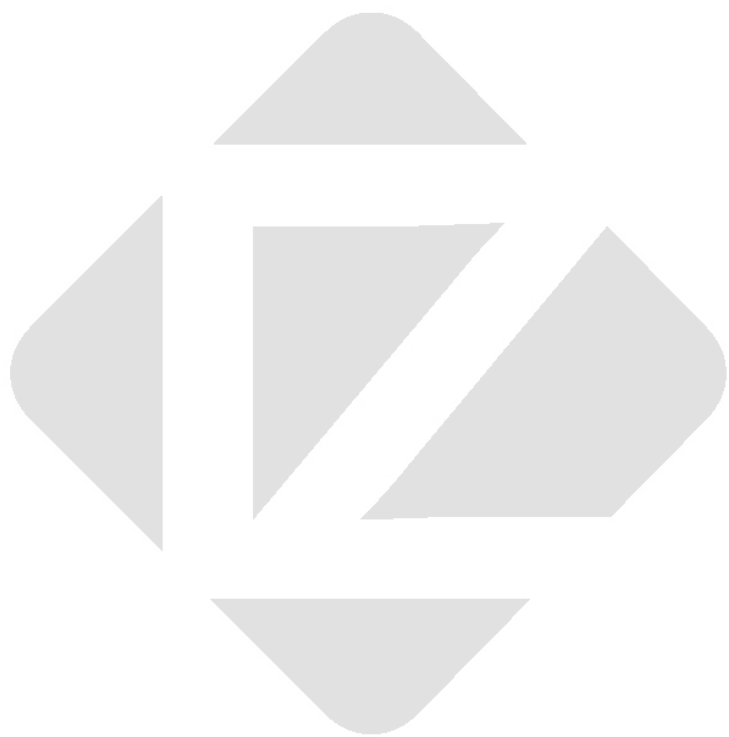
No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.







SER JOVEN HOY: SENTIDO Y SINSENTIDO



Comencemos por las realidades: tengo setenta y nueve años. Entonces, ¿por qué diablos me ocupo de hablar de la juventud? ¿Por qué esa preocupación suplementaria: hablar de la juventud a los mismos jóvenes? ¿No les corresponde a los jóvenes hablar de su experiencia de jóvenes? ¿Acaso vengo a dar lecciones de sabiduría, como un anciano que conoce los peligros de la vida y que enseña a los jóvenes a desconfiar y a quedarse tranquilos, dejando el mundo como está?

Tal vez, eso espero, veamos que es lo contrario. Que me dirijo a los jóvenes a propósito de lo que puede ofrecer la vida, de las razones por las cuales es absolutamente necesario cambiar el mundo, razones que, por eso mismo, imponen asumir riesgos.

Pero voy a comenzar de bastante atrás, por un episodio muy conocido que atañe a la filosofía: Sócrates, el padre de todos los filósofos, fue condenado a muerte bajo la acusación de “corrupción de la juventud”. La primerísima recepción oficial de la filosofía adopta la forma de una acusación muy

grave: el filósofo corrompe a la juventud. Entonces, si yo adopto ese punto de vista, diré simplemente: mi objetivo es corromper a la juventud.

Pero ¿qué quiere decir ‘corromper’, inclusive en el espíritu de los jueces que condenaron a Sócrates a muerte bajo la acusación de corrupción a la juventud? No puede ser ‘corrupción’ en un sentido ligado al dinero. No es un ‘caso’ en el sentido de lo que hablan hoy los diarios: gente que se enriquece utilizando su posición en tal o cual institución del Estado. Ciertamente no es eso lo que sus jueces le reprochan a Sócrates. Recordemos que, por el contrario, uno de los reproches que Sócrates hacía a sus rivales, a quienes llamaban sofistas, era precisamente cobrar. Él, sí puedo decir, corrompía a la juventud gratuitamente, mediante lecciones revolucionarias, mientras que los sofistas cobraban buen dinero por las lecciones que daban, y que eran lecciones de oportunismo. En consecuencia, “corromper a la juventud”, en el sentido de Sócrates, no es por cierto un asunto de dinero.

Tampoco se trata de corrupción moral, y mucho menos de esos asuntos más o menos sexuales de que también se habla en los diarios. Por el contrario, puede verse en Sócrates, en Platón al referir –¿o inventar?– el punto de vista de Sócrates, una concepción particularmente sublime del amor, una concepción que no lo separa del sexo, sino que lo aparta progresivamente de él en beneficio de una suerte de elevación subjetiva. Por cierto, se puede –y hasta

se debe— iniciar esa elevación en el contacto con cuerpos bellos. Pero ese contacto no se reduce a la excitación sexual, porque es el punto de apoyo material de un acceso a lo que Sócrates llama la idea de lo Bello. De tal modo que el amor es en definitiva la creación de un nuevo pensamiento, que se anima, no por la mera sexualidad, sino por lo que puede llamarse el amor sexuado-pensado. Y ese amor-pensamiento es un componente de la construcción intelectual y espiritual de sí mismo.

Finalmente, la corrupción de la juventud por un filósofo no es ni una cuestión de dinero, ni una cuestión de placer. ¿Se trataría entonces de una corrupción por el poder? Sexo, dinero, poder, es una suerte de trilogía, la trilogía de la corrupción. Decir que Sócrates corrompe a la juventud sería decir que hace jugar la seducción de su palabra para obtener un poder. El filósofo utilizaría a jóvenes con miras a un poder, a una autoridad. Los jóvenes estarían para servir a su ambición. Desde este punto de vista habría corrupción de la juventud en el sentido de que se integraría su ingenuidad a lo que podría llamarse, con Nietzsche, una voluntad de poder.

Pero diré una vez más: ¡al contrario! Hay precisamente en Sócrates, visto por Platón, de manera totalmente explícita, una denuncia de la índole corruptora del poder. Es el poder el que corrompe, y no el filósofo. En Platón hay una crítica violenta de la tiranía, del deseo de poder, a la que no hay nada que agregar, que de alguna manera es definitiva.

Hay incluso la convicción opuesta: lo que el filósofo puede aportar a la política de ningún modo es la voluntad de poder sino el desinterés.

Ven entonces que se desemboca en una concepción de la filosofía totalmente ajena a la ambición, a la competencia por el poder.

Sobre este tema me gustaría citar un pasaje de *La república* de Platón en la traducción un poco particular que yo he realizado. Si lo desean, la encontrarán en un libro de bolsillo. En la tapa están las siguientes indicaciones: “Alain Badiou” (el nombre del autor) y, abajo, “*La République* de Platón” (el título del libro). De tal modo que no se sabe quién escribió ese libro. ¿Platón? ¿Badiou? ¿Sócrates, quizá, de quien se dice que no escribió nada? Es un título orgulloso, lo reconozco. Pero el resultado es quizá un libro más intenso, más accesible para un joven de hoy, que una estricta traducción del texto de Platón.

Lo que voy a leerles se ubica en el momento en que Platón se hace la siguiente pregunta: ¿cuál es exactamente la relación entre poder y filosofía, entre poder político y filosofía? Entonces uno puede darse cuenta de la importancia que él concede, en política, al desinterés.

Sócrates habla con dos interlocutores, dos jóvenes, precisamente, y por eso no abandonamos nuestro tema. En la versión original de Platón, son dos muchachos, Glaucón y Adimanto. En mi versión, evidentemente más moderna, hay un varón, Glauco, y una chica, Amanta. En la

actualidad, si se habla de los jóvenes, o a los jóvenes, lo menos que se puede hacer es incluir a las muchachas de la misma manera que a los muchachos. Este es el diálogo:

SÓCRATES: Si encontramos, para aquellos a quienes les ha llegado la hora de garantizar una parte del poder, una vida muy superior a aquella que les propone ese poder, entonces tendremos la posibilidad de que exista una verdadera comunidad política. Pues solo llegarán al poder aquellos para quienes la riqueza no es el dinero sino lo que se requiere para la felicidad: la verdadera vida, llena de ricos pensamientos. Si en cambio corren a los asuntos públicos gente hambrienta de ventajas personales, gente convencida de que el poder siempre favorece la existencia y la extensión de la propiedad privada, no es posible ninguna verdadera comunidad política. Esta gente lucha ferozmente por el poder, y esa guerra, donde se mezclan pasiones privadas y poder público, destruye, junto con los pretendientes a las funciones supremas, al país en su conjunto.

GLAUCO: ¡Espectáculo horroroso!

SÓCRATES: Pero dime, ¿acaso conoces una vida capaz de engendrar el desprecio del poder y del Estado?

AMANTA: ¡Por supuesto! ¡La vida del verdadero filósofo, la vida de Sócrates!

SÓCRATES (*encantado*): No exageremos. Demos por sentado que no deben llegar al poder aquellos que están enamorados

de él. En ese caso, solo tendremos guerra de los pretendientes. Precisamente por eso es necesario que se consagren alternativamente a la custodia de la comunidad política esa inmensa masa de gente a la que no vacilo en declarar filósofos: gente desinteresada, instintivamente instruidos de lo que puede ser el servicio público, pero que saben que existen muchos otros honores que aquellos que se extrae de la frecuentación de las oficinas del Estado, y una vida muy preferible a aquella de los dirigentes políticos.

AMANDA (*en un murmullo*): La verdadera vida...

SÓCRATES: La verdadera vida. Que nunca está ausente. O nunca por completo.

Así es. El tema de la filosofía es la verdadera vida. ¿Qué es una verdadera vida? Esa es la única pregunta del filósofo. Y en consecuencia, en la medida en que hay corrupción de la juventud, no es en absoluto en nombre del dinero, de los placeres o del poder, sino para mostrar a la juventud que existe algo superior a todo eso: la verdadera vida. Algo que vale la pena, por lo cual vale la pena vivir, y que deja muy lejos el dinero, los placeres y el poder.

La “verdadera vida”, recordémoslo, es una expresión de Rimbaud. Ahí tienen a un verdadero poeta de la juventud, Rimbaud. Alguien que hace poesía a partir de su experiencia total de la vida que comienza. Es él quien, en un momento de desesperación, escribe de manera desgarradora: “La verdadera vida está ausente”.

Lo que nos enseña la filosofía, en todo caso lo que intenta enseñarnos, es que si la verdadera vida no siempre está presente, nunca está tampoco completamente ausente. Lo que quiere mostrar el filósofo es que la verdadera vida está un poco presente. Y corrompe a la juventud en el sentido de que trata de mostrarle que hay una falsa vida, una vida devastada, que es la vida pensada y practicada como la lucha feroz por el poder, por el dinero. La vida reducida, por todos los medios, a la lisa y llana satisfacción de las pulsiones inmediatas.

En el fondo, dice Sócrates, y por el momento no hago más que seguirlo, hay que luchar para conquistar la verdadera vida en contra de los prejuicios, de las ideas recibidas, de la obediencia ciega, de las costumbres injustificadas, de la competencia ilimitada. Fundamentalmente, corromper a la juventud significa una sola cosa: tratar de hacer que la juventud no entre en los caminos trillados, que no sea simplemente consagrada a una obediencia a las costumbres de la ciudad, que pueda inventar algo, proponer otra orientación por lo que respecta a la verdadera vida.

Finalmente, pienso que el punto de partida es la convicción de Sócrates de que la juventud tiene dos enemigos interiores. Son esos enemigos interiores los que la amenazan de alejarse de la verdadera vida, de no reconocer en sí misma la posibilidad de la verdadera vida.

El primer enemigo sería lo que se podría llamar la pasión por la vida inmediata, por el juego, por el placer, por el

instante, por una música, por un capricho, por un porro, por un juego idiota. Todo eso existe, Sócrates no pretende negarlo. Pero cuando todo eso se va amontonando, se lleva a su apogeo, cuando esa pasión organiza una vida al día, una vida suspendida a la inmediatez del tiempo, una vida donde el porvenir es invisible o en todo caso totalmente oscuro, entonces uno se ve llevado a una forma de nihilismo, una forma de concepción de la existencia que no tiene ningún sentido unificado. Una vida desprovista de significación, y por lo tanto incapaz de durar como una verdadera vida. Lo que es entonces llamado 'vida' es un tiempo recordado en instantes más o menos buenos, más o menos malos, y finalmente, tener la mayor cantidad de instantes posibles más o menos aceptables, es eso y solo eso lo que se puede esperar de la vida.

En definitiva, esa concepción disloca la idea de la vida misma, la dispersa, y por eso esa visión de la vida es también una visión de la muerte. Es una idea profunda muy claramente presentada por Platón: cuando la vida está así sometida a lo inmediato temporal ella misma se disloca, se dispersa, ya no se reconoce, ya no está ligada a un sentido sólido. Si se emplea el lenguaje de Freud y del psicoanálisis, sobre el cual Platón se anticipa a menudo en muchos puntos, podría decirse que esa visión de la vida es cuando la pulsión de vida está secretamente habitada por la pulsión de muerte. Inconscientemente, la muerte sorprende a la vida descomponiéndola, arrancándola a su posible significación.

Ese sería el primer enemigo íntimo de la juventud, porque la juventud inevitablemente atraviesa esa experiencia. Debe hacer esa violenta experiencia del poder mortal de lo inmediato. Y la filosofía tiene por objeto, no negar esa experiencia viva de la muerte interior, sino superarla.

Por otro lado, la segunda amenaza interior, para un joven, es en apariencia lo contrario. A saber, la pasión por el éxito, la idea de convertirse en alguien rico, poderoso, bien establecido. La idea, no en absoluto de consumirse en la vida inmediata, sino por el contrario encontrar un buen lugar en el orden social existente. La vida se convierte entonces en la suma de las astucias para estar bien establecido, sin perjuicio de someterse mejor que el resto al orden existente, con el objeto de tener éxito. No es el régimen de la satisfacción inmediata del goce, es el régimen del proyecto bien construido, bien eficaz. Se comienzan los buenos estudios desde el jardín de infantes y se sigue en los mejores colegios cuidadosamente seleccionados. Se encuentran en particular en Henri IV, o en Louis-le-Grand, donde por lo demás yo mismo culminé mis estudios. Y se sigue, si se puede, por ese camino: las grandes escuelas, los consejos de administración, las altas finanzas, los poderosos medios de comunicación, los ministerios, las cámaras de comercio, las empresas emergentes que se cotizan en miles de millones en la bolsa...

En el fondo, cuando uno es joven, se es, a menudo sin saberlo con claridad, víctima de dos posibles orientaciones

de la existencia, a veces mezcladas y contradictorias. Podría resumir así esas dos tentaciones: o bien la pasión de quemar su vida, o la pasión de construirla. Quemarla significa el culto nihilista de lo inmediato. Por lo demás, esto muy bien puede ser el culto de la revuelta pura, de la insurrección, de la insumisión, de la rebelión, de nuevas formas de vida colectiva deslumbrantes y breves, como las ocupaciones de plazas públicas durante algunas semanas. Pero se ve, se sabe, que todo eso carece de un efecto duradero, de una construcción, de un dominio organizado del tiempo. Se avanza bajo la divisa: *no future*. Y si por el contrario uno orienta su vida hacia la plenitud del futuro, el éxito, el dinero, la posición social, el oficio rentable, la familia tranquila, las vacaciones en las islas del Sur, eso va a dar un culto conservador de los poderes existentes, porque va a instalar allí su vida en las mejores condiciones posibles.

Son las dos virtualidades siempre presentes en el simple hecho de ser joven, de tener que comenzar, y por lo tanto orientar, su existencia. Quemar o construir. O las dos, pero las dos no es fácil, eso significaría construir el fuego, pero el fuego arde y chispea, el fuego brilla, calienta y aclara momentos de la existencia. No obstante, más que construir destruye.

Precisamente porque están esas dos pasiones contrarias hay juicios tan contrarios sobre la juventud, desde siempre, no solamente hoy. Juicios muy contrastados, entre la idea de que la juventud es un momento maravilloso y la idea de que la juventud es un momento terrible de la existencia.

Estas dos versiones están presentes en la literatura desde siempre. Realmente hay algo que es lo propio de la juventud, cualquiera que fuese el momento histórico, y pienso que es justamente esa querrela de las pasiones, con dos pasiones fundamentales: el deseo de una vida que se consume en su propia intensidad, y el deseo de una vida que se construye piedra a piedra para llegar a tener una casa bien instalada en la ciudad.

Voy a citarles algunos de esos juicios. Tomemos por ejemplo dos versos del Hugo de *La leyenda de los siglos*, en el famoso poema “Booz dormido”:

Cuando uno es joven se tienen mañanas triunfantes,
El día sale de la noche como de una victoria.

Una juventud es un triunfo, dice Hugo, evocando por otra parte, con discreción y fuerza a la vez, las mañanas del amor, de la victoria voluptuosa.

Pero tomemos ahora a Paul Nizan, el comienzo del libro llamado *Adén, Arabia*:

Yo tenía veinte años. No dejaré que nadie diga que es la más bella edad de la vida.

Una juventud, nos dice Nizan, en todo caso no es lo mejor que hay en la existencia. Entonces, ¿la juventud es un triunfo, un triunfo de la vida? ¿O un momento incierto y más bien

penoso, por ser un momento contradictorio, un momento de desorientación?

Esta contradicción se encuentra con toda su fuerza en cantidad de escritores, y particularmente de poetas. Por ejemplo, constituye lo que es quizá el tema central de toda la obra de Rimbaud. Rimbaud es interesante porque, vuelvo a decirlo, es el gran poeta de la juventud. Es la juventud encarnada en la poesía. Pero Rimbaud sostiene los dos juicios, dice a la vez las dos cosas: la juventud es una figura maravillosa, y la juventud es una figura que hay que abandonar absolutamente en el pasado. Confrontemos dos momentos literalmente opuestos de ese poema en prosa, autobiográfico, que es *Una temporada en el infierno*:

Al comienzo del poema, en su primera frase, encontramos:

Antes, si mal no recuerdo, mi vida era un festín donde se abrían todos los corazones, donde todos los vinos corrían.*

Ese 'antes' concierne al Rimbaud de diecisiete años, visto por el Rimbaud de veinte. Por lo tanto, se trata de una vida consumida a toda velocidad, pero que ve su inicio bajo el signo de la fiesta, del amor y de la embriaguez.

* Todos los textos de *Una temporada en el infierno* son versión de Ramón Buenaventura. [N. del T.].

ACERCA DEL AUTOR

ALAIN BADIOU (Rabat, Marruecos, 1937) es un filósofo, dramaturgo y novelista francés.

Impartió clases en la Universidad de París VIII y en 1999 fue nombrado director del departamento de filosofía de la Escuela Normal Superior de París, donde estudió entre los años 1956 y 1961.

Fue militante y fundador el Partido Socialista (PSU) en 1960, y participó activamente en el movimiento político en torno al Mayo Francés.

Es uno de los pensadores franceses más reconocidos. Su extensa obra reivindica “la idea comunista” y se enfoca, entre otras cosas, en hacer una ferviente crítica a lo que denomina “el materialismo democrático”, esto es, el sistema humano donde todo tiene un valor mercantil.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA